

Diagramación de tapa:
Rubén y Marina Naranjo

Diana H. Maffía

Clara Kuschnir

compiladoras

Capacitación política para
mujeres:
género y cambio social en la
Argentina actual

© 1994

Feminaria
Editora

C.C. 402

1000 Buenos Aires, Argentina

I.S.B.N. 987-99025-4-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Este libro fue financiado parcialmente con fondos del subsidio FI052
de UBACYT.

Feminaria
Editora

Prólogo

Los artículos que componen este libro recogen en gran parte el contenido del "Programa Interdisciplinario de Formación Política para Mujeres", desarrollado durante 1992 en el Museo Roca, con auspicio del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires. El proyecto de realizar un programa de capacitación que reuniera mujeres académicas y mujeres políticas, de diversas disciplinas y vertientes ideológicas, con una marcada perspectiva de género, surgió mientras se discutía la ley de cupos, que aseguraría el 30% de cargos electivos expectables (como piso) a las mujeres argentinas. El recelo del mundo académico y el mundo político es mutuo y de antigua data, como también la dificultad de las mujeres para discutir políticas que nos beneficien sin caer en la intolerancia que marcan como mandato los respectivos partidos.

Haber dirigido ese Programa (con la coordinación académica de Clara Kuschnir y la secretaría académica de Patricia Gómez) fue una experiencia intensa y un aprendizaje difícil de tolerancia. Quienes llegamos al final de la experiencia sentimos haber transpuesto duras barreras y una sensación de raro privilegio. Por eso pensamos con Clara (coautora) y con Lea Fletcher (editora) que darle formato de libro ampliaría ese privilegio de manera exponencial. En su momento, las clases fueron desgrabadas en su totalidad y en forma de apuntes aún circulan por diversos grupos de mujeres. La corrección de esas desgrabaciones, en algunos casos la reescritura, y su ordenamiento temático fueron la base del texto que ahora ofrecemos (y en el que persisten, por su origen, algunos tonos coloquiales).

Mujer y trabajo

Catalina Wainerman

MI propósito en este artículo es desarrollar un programa armado alrededor de cuatro puntos. En el primer tema desarrollaré un panorama histórico. En los '70 no se sabía prácticamente nada sobre la actividad laboral de las mujeres porque no se había incluido la noción de género, por lo que no había cuadros o tabulaciones separadas por género, la información venía toda junta. Ahora hay bastante material, hay gente que está trabajando en la Argentina con esta temática.

El segundo punto es la participación económica e incluye cuestiones tales como el doble rol de las mujeres, cuál es la relación que tiene esto con la participación económica, los niveles de participación, oferta y demanda, inserción en la estructura productiva, segregación ocupacional.

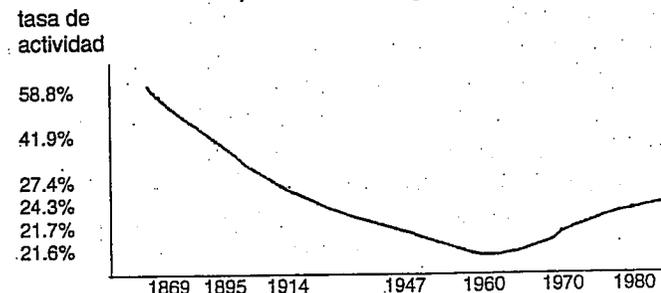
El tercer tema es la medición de la participación económica: cuáles son las fuentes para el estudio de la participación económica femenina y masculina, cuáles son las definiciones de trabajo que utilizan estas fuentes que recogen información sobre comportamiento laboral, y la temática que me parece muy importante, de la invisibilidad estadística de una parte de las trabajadoras.

El cuarto tema tiene que ver con las concepciones culturales acerca de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, con la división del trabajo por género, con los estereotipos y sesgos sexuales, con la socialización genérica. Aquí también

veremos un rastreo de las orientaciones culturales producidas y difundidas por cuatro instituciones sociales importantes en nuestra sociedad: la Iglesia Católica, el derecho laboral, la escuela primaria y los medios de comunicación de masas. Me voy a concentrar en el análisis de las imágenes de lo femenino y lo masculino transmitido por libros de lectura de la escuela primaria en uso en Argentina desde comienzos de siglo hasta comienzos de los '80. Esto va a acercar a los contenidos normativos de la cultura acerca de esta cuestión.

Vamos a hacer una muy breve síntesis del panorama histórico. Desde hace dos décadas, se escucha decir que ahora las mujeres están tomando puestos y están ingresando al mercado de trabajo "en manadas". La Argentina es un país que tiene una larga serie histórica de datos estadísticos que permiten mirar, entre otras cosas, al comportamiento laboral femenino y masculino desde la segunda mitad del siglo pasado. El primer censo argentino es de 1869, el segundo es de 1895, luego salta a 1914, más tarde hay un gran salto que excluye el '30 por razones obviamente políticas y estamos en 1947, hasta llegar a 1960, 1970, 1980 y 1991; desde 1869 tenemos información sobre la actividad laboral de la población. No importa por ahora con qué definición pero supongamos que la definición de lo que es actividad laboral, actividad económica, fuera la misma para todos los censos porque si empezamos a movernos con eso no podemos hacer nada.

Figura 1: Tasas de actividad económica de mujeres según los censos de población de Argentina entre 1869 y 1980



Fuente: Zulma Recchini de Lates y Catalina H. Wainerman: «Empleo Femenino y desarrollo económico: algunas evidencias». Desarrollo Económico, 66, 17, 1977.

Una tasa de actividad es un cociente entre el número total de mujeres que tienen la edad para estar trabajando, y el número de mujeres de las mismas edades que efectivamente están trabajando. Esta tasa de actividad se calcula para las mujeres de 10 ó 12 ó 14 años de edad y más. En 1869, en el primer censo, había algo así como un 59% de mujeres de más de 10 años de edad que trabajaban; eso fue bajando hasta que en el de 1960 empieza a subir la participación de las mujeres y sigue subiendo sostenida y lentamente hasta 1970 y un poco más aceleradamente en los '70 y los '80.

- El censo del '91 modificó la manera de indagar la población trabajadora, por ello se va a obtener una cifra mucho mayor que en el '80, la que no sólo se va a deber a un cambio en la sociedad sino, y fundamentalmente, a cuestiones técnicas de mejora del cuestionario censal.

En los '50 y en los '60 empezó a circular una teoría basada en la observación de los datos de una cantidad de países en desarrollo. La observación sugirió a alguna gente que existe una relación entre el proceso de desarrollo económico y la participación de las mujeres en la actividad laboral. La idea era que a medida que se avanza en el desarrollo, las mujeres van afluyendo cada vez más al mercado laboral. La idea más concreta era así: en un estado temprano de desarrollo, cuando la economía esencialmente agrícola y no había división entre unidad doméstica y unidad económica, las mujeres tenían una alta participación; cuando se inicia el proceso de industrialización y salen las industrias domésticas de los hogares y se concentran en grandes unidades llamadas fábricas que obligan a trabajar fuera de la unidad doméstica, las mujeres se quedan en su casa, retirándose de la actividad económica, y salen los varones. Con el desarrollo industrial, las industrias se complejizan y empiezan a demandar servicios y las mujeres se benefician de estas oportunidades; los servicios empiezan a participar más activamente de la actividad económica y con ellos también las mujeres. Esto se dio en llamar la curva en «U».

Pero cuando uno empieza a mirar los diferentes grupos insertos en los diferentes sectores a partir de los datos, aparece que no

hay tal asociación con el desarrollo económico como se entendía. Por ejemplo, el aumento de participación y las características de la inserción de la mujer en el mercado laboral que se comienzan a verificar desde los '70 en adelante, están más asociadas con la crisis económica de mediados de los '70 (en todo América Latina). Los niveles y el tipo de participación de las mujeres a partir de los años '70, con la crisis, obedece más que al desarrollo económico a una profunda crisis económica como nunca vivió la Argentina. La participación de las mujeres entre los '60 y el '80 viene creciendo, mientras la de los varones viene bajando, no solamente en la Argentina sino en casi todos los países de América Latina. Puede explicarse, en parte, que la participación económica de los varones en los '60 empieza a bajar por varias razones: más se mantienen dentro del sistema educacional por más tiempo, no solamente la primaria sino que siguen la secundaria y retardan su ingreso al mercado de trabajo; más empiezan a gozar de los beneficios jubilatorios y empiezan a retirarse más tempranamente (60-65 años); así la población económicamente activa se va achicando y esto es una tendencia que se va dando en todos los países de América Latina como se da en otros países desarrollados que ya pasaron por eso.

¿Por qué están ingresando las mujeres? La cifra de la participación de mujeres en el mercado laboral es el resultado de dos conjuntos de factores que vienen desde la oferta de mano de obra de la gente al mercado y factores de demanda del mercado a la gente. Lo que encontramos como cifra es la resultante de las dos tendencias, oferta y demanda; es más fácil estudiar la primera que la segunda. Al mismo tiempo que los varones van bajando, las mujeres van entrando; hay un cambio en lo que llamamos la predisposición de las mujeres, que no son sólo predisposiciones psicológicas (aunque también las hay). Las llamamos predisposiciones en general a participar, en parte son psicológicas y en parte son económicas.

Desde los '60 en adelante, el aumento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo es explicado por el grupo de mujeres entre los 25 y los 45 años de edad, casadas, que eran las que antes menos participaban proporcionalmente del mercado

laboral. Esto de que las que más contribuyen al crecimiento de la fuerza de trabajo femenina sean mujeres en estas edades indica un cambio importante porque no solamente se trata de que hay más mujeres de estas edades en la población, sino de que hay más mujeres que participan de la actividad económica, lo que denota un cambio de actitudes y valores. Una parte del crecimiento de la fuerza de trabajo femenina se produjo en reemplazo de la fuerza de trabajo masculina.

Las mujeres con bajos recursos, con escaso capital, tienden a colocarse en ocupaciones con menor remuneración y con peores condiciones de trabajo que los varones. Las mujeres que encuentran trabajo en el servicio doméstico que prestan servicios en ciertos sectores de clase media y media alta, viviendo en el Gran Buenos Aires se pueden trasladar a trabajar gracias a que, además del pago de la hora de trabajo se les pagan viáticos. En cambio sus maridos, con igual capital humano y con igual nivel de instrucción y capacidad, se pueden ubicar como changarines en la construcción, en el puerto, pero para ofrecerse tienen que tener dinero para pagar el transporte (sin hablar del dinero adicional para comer un sandwich o lo que fuere), ya que en esos trabajos no se paga el transporte porque hay exceso de oferta de mano de obra. Así es como en años recientes muchas mujeres han entrado al mercado de trabajo en los sectores más bajos reemplazando a los jefes de hogar desocupados.

Voy a dar algunas cifras aproximadas para los años '70 y los '80. Mientras en la Argentina la tasa de participación femenina andaba en el 27 ó 30%, la de los varones andaba alrededor del 75 ó 80%. Las cifras de los varones son las que se encuentran frecuentemente país tras país. Para las mujeres, en cambio, hay una enorme diversidad: mientras la Argentina tendría entre un 27 y un 30%, Egipto tendría un 3%, la ex-URSS entre 65 y 70%, los Estados Unidos un 55%, Paraguay un 21%, Bolivia, con una tasa inusualmente alta para el contexto de América Latina tendría alrededor del 50%, Chile 28%. En el caso de las mujeres, a diferencia de los varones, la gama de variación es enorme y la diversidad también es grande. Esta es una de las razones que justifican que uno estudie la actividad laboral de las mujeres

separada de la de los varones porque es un fenómeno diferente. Por supuesto que hay un sector de mujeres que se comporta como una gran parte de la población trabajadora masculina, pero es sólo un sector; una gran parte de las mujeres que trabajan no se comportan de esa manera.

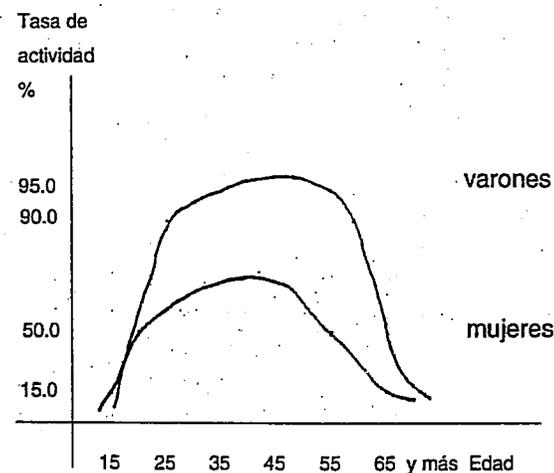
Esa gran diversidad entre países y dentro de cada país (recuerden la diferencia entre varones y mujeres en la Argentina) parcialmente se explica por la definición de trabajo, por como se concibe la división del trabajo entre ambos géneros en diferentes sociedades. ¿Por qué aparecen en los Países Arabes tasas de actividad tan bajas? Básicamente por cuestiones culturales, por la función que se le asigna a las mujeres en la división del trabajo por género; las mujeres se suponen que tienen el liderazgo de la reproducción y los varones el liderazgo de la producción. Esto explica la diferencia entre las tasas de actividad de las mujeres y las de los varones.

Hay otras diferencias entre varones y mujeres que son muy claras y que se ven cuando se toman en cuenta los factores que impulsan a las personas a incorporarse a la fuerza de trabajo, es decir la oferta de mano de obra. ¿Qué pasa con los varones y qué pasa con las mujeres? Nosotros estudiamos en los '80 qué pasaba con la población relevada por el censo de 1970, que era la única información que teníamos para todo el país. La información que les voy a dar refleja lo que ocurría en 1970 y, casi de la misma manera, lo que ocurría en 1980 (para 1991 aún no tenemos los datos). Nosotros miramos a las edades de la población femenina económicamente activa y a las edades de la población masculina económicamente activa; miramos el estado civil de una y otra población; miramos el nivel de educación de una y otra población; miramos algo que llamamos la «situación familiar», que se refiere a si en el hogar hay presencia o ausencia de un cónyuge y si no hay ningún hijo, si hay uno o dos o más hijos. Lo que hicimos fue mirar cómo se comportan mujeres y varones que están en esos diferentes grupos en relación al mercado laboral. ¿En qué grupos de edades se ubican las mujeres que participan más de la actividad laboral y en cuáles las que participan menos?; lo mismo para los varones: ¿En qué grupos de edades están los

varones que participan más de la actividad laboral y en cuáles los que participan menos? Lo mismo hicimos con el nivel de instrucción: entre las mujeres nos preguntamos ¿quiénes son las que participan más en el mercado laboral, las de menor educación, las de educación primaria completa, las de secundaria completa, o superior? ¿y de qué grupos de educación son las que participan menos? En términos del estado civil, que no nos importa por el estado civil formal sino por las indicaciones que nos da de la estructura del hogar en que viven, nos preguntamos: ¿quiénes son las que más trabajan, las solteras, las casadas, las viudas, las divorciadas? ¿Qué pasa con los varones? Dentro de cada grupo varones o mujeres miramos qué pasa; cuál es la influencia que tiene estar casado o soltero, separado o viudo, en relación a participar en el mercado de trabajo o no; ¿qué pasa cuando no hay hijos, cuando hay un hijo, dos hijos o más?

El gráfico siguiente muestra una serie de «perfiles de actividad». El «perfil de actividad» expresa el comportamiento laboral de la población según su edad, en este caso son las mujeres, de 10 o más años de edad que estaban en el mercado de trabajo al momento que se tomó el censo en 1970. De todas las mujeres, sólo las que están representadas en el gráfico se consideraron trabajadoras. De todas las mujeres de la Argentina en 1970, sin distinguir las residentes en el área rural de las residentes en el área urbana, el grupo de edad en que la proporción de mujeres que trabajaban era más alto era el grupo de las mujeres entre 20 y 25 años, es decir, antes o alrededor del casamiento y antes del nacimiento del primer hijo. En cambio, en los grupos de edades anteriores (15 a 19 años) y posteriores (26 a 29 años y más), el porcentaje que participaba era mucho menor.

Figura 2: Argentina, 1970. Tasas de actividad de mujeres y de varones de 10 y más años de edad



Fuente: Catalina H. Wainerman: *Participación económica femenina en la Argentina de 1970. Mimeo, 1977.*

¿Qué pasa con los varones? Cualquiera sea su edad están en el mercado de trabajo; ocupados o desocupados, pero no son económicamente inactivos, y a partir de una cierta edad, 18 a 20 años, hasta aproximadamente los 60 años se encuentra una meseta que indica que alrededor de 75% de los varones participan del mercado. Esto indica que el mercado de trabajo no discrimina a los varones según su edad, sí discrimina a las mujeres; aquí hay una discriminación desde los dos lados, desde el lado de la oferta de las mujeres y desde el lado de la demanda; en suma, el mercado no selecciona en términos de edad a las mujeres pero sí a los varones. ¿Por qué sería esto así? Porque en el caso de las mujeres, la actividad laboral es un agregado a su actividad reproductiva. ¿Por qué sería que este grupo de edad es el grupo en que hay un mayor porcentaje de mujeres en una actividad laboral? Porque todavía no han tenido su primer hijo. Si uno mira los datos censales, ve muy claramente cómo las tasas de actividad van disminuyendo muy sensiblemente a partir aproximadamente del casamiento o del primer hijo.

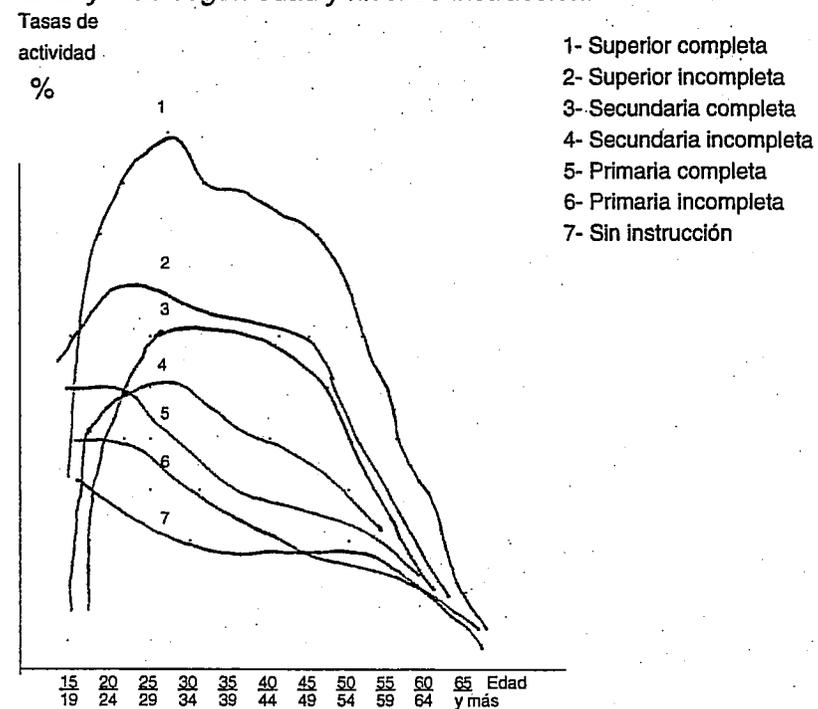
Esto es resultado de la oferta y de la demanda, de las preferencias de las mujeres (y varones) y de las preferencias de los empleadores; no todas las empresas hacen público su rechazo o su disposición a tomar mujeres casadas y con hijos. Justamente el trabajo en el sector público es «preferido» por las mujeres en términos de estas cuestiones. Si, por ejemplo, uno mira el sector salud, que es un sector muy «femenino» por el número de personal femenino que recluta (fundamentalmente auxiliares de enfermería y enfermeras), encuentra en el sector público (hospitales municipales y hospitales nacionales) más mujeres de más edad y casadas y con hijos que en el sector privado. El sector privado las «prefiere», solteras, sin compromisos ni hijos; las mujeres, a su vez, son «preferidas» y «prefieren» el sector público donde la legislación laboral se cumple más rígidamente y con ella las licencias por maternidad, por hijo enfermo, por marido enfermo, etc.

En el caso de las mujeres, las tasas de actividad están relacionadas con las etapas del ciclo vital; la edad es un indicador, no importa la edad por la edad sino por ser el correlato de situaciones vitales y familiares diferentes que ponen límites y condiciones distintas a la posibilidad de ejercer el rol laboral además del rol doméstico, el rol productivo además del reproductivo. Entre los varones esto no ocurre por razones estrictamente culturales que hacen a la división del trabajo en la sociedad.

¿Qué pasa con la educación con respecto a mujeres y varones? Al mirar a los varones en relación a las mujeres es donde aparece la concepción de la división del trabajo por género, que no aparece mirando a un sólo género. Veamos el siguiente gráfico. En el caso de las mujeres en la Argentina, en el '70 y también en el '80, cuanto mayor es el nivel de instrucción formal, mayor es la participación en la actividad económica. Tener un alto nivel de educación significa tener un hogar de origen que permitió seguir estudiando, pero además significa haber adquirido pautas y valores respecto del mundo y la vida y también significa la posibilidad de adquirir información para manejarse en el mundo. Cuanto menor es el grado de instrucción, lo que encuentran la mayor parte de las mujeres trabajadoras son trabajos no muy

calificados (servicio doméstico, auxiliar de enfermería, etc.). Lo que ocurre es que esto está puesto en términos relativos, en el total de la población son muchas más las mujeres con poca educación y son muy pocas las mujeres con alto nivel de educación, por eso no se ven. Para decirlo sintéticamente, en los '70 de cada 100 mujeres con primaria incompleta y menos sólo 20 estaban trabajando en actividades productivas; entre las mujeres con máxima educación era al revés, de cada 100 de ellas, 80 estaban en actividades productivas.

Figura 3: Argentina, 1970. Tasas de actividad de mujeres de 10 años y más según edad y nivel de instrucción.

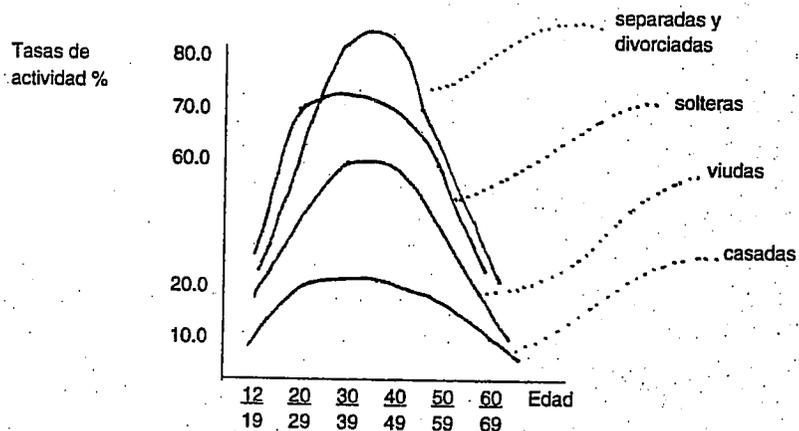


Fuente: Catalina H. Wainerman: Tasas de actividad de mujeres de 10 años y más según edad y nivel de educación

¿Qué pasa con los varones? No varía prácticamente, lo que no quiere decir que todos tienen probabilidades de terminar siendo directores de empresa o directores de hospitales. Hablamos de cantidad, no de dónde van a parar. Los varones están en la actividad laboral, ocupados o desocupados, cualquiera sea su nivel de instrucción y su edad. La educación, y la posibilidad de haberla adquirido, hace que las mujeres con mucha instrucción, a diferencia de aquellas con poca educación, desafíen esta división del trabajo añadiendo a la actividad reproductiva una actividad productiva. En el caso de los varones, cualquiera sea su situación, saben (porque todos sabemos, porque así está construida por la sociedad) que en ciertas edades se está en el mercado de trabajo.

¿Qué pasa con el estado civil con respecto a las mujeres? Lo que está mostrando el siguiente gráfico es que las que menos participan en la actividad laboral son las casadas y las que más lo hacen son las separadas y divorciadas y las solteras. Lo que surge de estos gráficos es que más que el estado civil, lo que más cuenta en este terreno es la presencia o ausencia de un compañero en el hogar.

Figura 4: Argentina, 1970. Tasas de actividad de mujeres de 10 y más años según edad y estado civil.



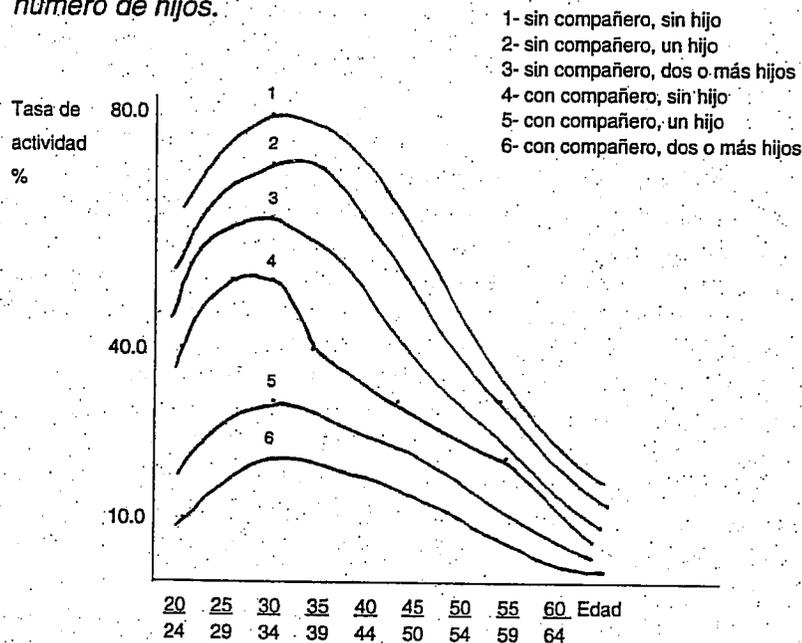
Fuente: Catalina H. Wainerman: Tasas de actividad de mujeres de 10 años y más según edad y nivel de educación

En un estudio que hicimos entre personal auxiliar de enfermería (que se ubica entre los niveles más bajos en el sector salud) comenzamos por indagar los datos censales y después fuimos a las personas de carne y hueso, haciendo entrevistas en profundidad, historias familiares, laborales y educacionales de un grupo de mujeres y de un pequeño grupo de varones. Entre las enfermeras auxiliares hay una tasa de separación y divorcio mucho más alta que en la población femenina económicamente activa total. ¿Es que en el desarrollo de la ocupación, estas «locas» que tienen cualquier horario y andan entre médicos, hace que se separen porque sus parejas no pueden llegar a soportar la situación, o es que esta ocupación recluta a mujeres solas? Esta respuesta el censo no la da, solamente se obtiene por las historias de vida. En nuestras entrevistas encontramos que la explicación viene más por el lado de que la ocupación las atrae que por las demandas de la ocupación; es más frecuente que entren a la ocupación avizorando que su hogar se venía abajo o tras una muy reciente separación. Es cierto que para ejercer la actividad de auxiliar de enfermería se requiere primaria completa y un curso de nueve meses y a los seis meses ya consiguen trabajo, es una ocupación con una tremenda demanda de mano de obra insatisfecha. En esta ocupación hay que mirar que tiene una definición cultural de ocupación femenina porque se cuida, se atiende, se cura, se conforta, se soporta, se maternaliza. Desde el '82-'83, coincidiendo con la crisis económica están entrando más varones en esta profesión, cosa interesante en una ocupación considerada femenina; no es que las mujeres están siendo desplazadas por los varones ya que las cifras muestran que las mujeres también han aumentado.

Cuando miramos lo que llamamos «situación familiar» (determinada por la presencia o ausencia de un compañero y de ningún hijo, un hijo o más de dos hijos), vemos que no tener compañero impulsa a la actividad laboral, tenerlo retrae de la actividad laboral; no tener hijos permite o impulsa el ingreso al mercado laboral o no pone freno, pero a medida que se tienen uno, dos o más se van teniendo más cargas domésticas, hay mayor retracción. Pero encontramos algo más interesante: las tasas de actividad de las

casadas (con compañero) sin hijos son sustancialmente menores que las de las separadas y divorciadas (sin compañero) *con dos y más hijos*. Que no son las cargas domésticas derivadas de la demanda del cónyuge y los hijos la única explicación del comportamiento laboral de las mujeres, parece claro. En esta comparación claramente vemos cómo operan factores culturales vinculados a la división del trabajo. El reconocimiento de este hecho me llevó a estudiar los contenidos producidos y difundidos por las instituciones como el Derecho laboral y de familia, la Iglesia Católica, la escuela primaria y los medios de comunicación, mirando a los mensajes que transmiten a través de los textos que producen.

Figura 5: Argentina, 1970. Tasas de actividad de mujeres de 20 y más años según edad, presencia o ausencia de compañero y número de hijos.



Fuente: Catalina H. Wainerman: Tasas de actividad de mujeres de 10 años y más según edad y nivel de educación

Lo interesante es mirar qué pasa con las mujeres más educadas y con las mujeres menos educadas en relación al compañero y a los hijos. Entre las primeras (están más informadas, tienen mejor posición económica, otros valores), la presencia o ausencia de un compañero y de hijos hace mucha menor diferencia, ellas son más una meseta; tener o no compañero, tener más o menos hijos hace poca mella, la mayor parte son más autónomas o el costo de oportunidad de quedarse en el hogar es más alto para ellas. En las mujeres con menor educación, esto influye enormemente.

El nivel de participación y el comportamiento laboral de las mujeres difiere según ciertas características, cosa que no ocurre entre los varones. Por ejemplo, la edad, porque ésta nos indica etapas diferentes del ciclo familiar que afecta a las mujeres y no a los varones debido a la división del trabajo por género que existe en la sociedad. Esto ocurre de la misma manera que en la educación: ¿por qué las mujeres más educadas van a desafiar la división del trabajo por género que existe en la sociedad? Porque han hecho una inversión en su educación, porque vienen de una cierta situación de clase, porque quieren una serie de cosas, porque adquirieron más poder, que les permiten desafiar esta división. Esto no ocurre con los varones que sí siguen correctamente lo que plantea la división del trabajo, lo que dice la cultura.

Entonces, varones y mujeres se insertan de modos distintos en el mercado laboral, una vez que entran al mercado de trabajo van a parar a ubicaciones diferentes en la estructura productiva; hay lo que se llama «segmentación» o «segregación» en el mercado de trabajo, las mujeres van a parar a unas pocas actividades, los varones tienen mayor diversidad y posibilidades de acceso a puestos más altos que ellas.

Estas diferencias de comportamientos tienen que ver con los contenidos culturales que rigen la división del trabajo por sexo: se espera que las mujeres tengan a su cargo la reproducción y la actividad doméstica y que los varones tengan a su cargo la producción de actividad económica que termina a proveer al sustento económico del hogar. Consecuentemente, cuando una mujer además de cumplir el rol esperado participa en la actividad

económica, está cumpliendo un doble rol y lleva a tener que articular de alguna manera sus dos actividades. Esto se refleja en que la participación de la mujer varía con las etapas del ciclo vital y del ciclo familiar.

Ahora la cuestión es: cuando las mujeres están en el mercado de trabajo ¿adónde van a parar? Van a parar a lugares bastante menos diversos que los varones; en principio, van a parar a unas pocas ocupaciones en las que hay una alta concentración de mujeres trabajando. Los varones van a parar, en cambio, a una amplia gama de ocupaciones y en diferentes categorías y formas sociales de producción. Las mujeres se concentran, básicamente, desde hace varias décadas, en los servicios y un pequeño sector que participa de la industria y dentro de ella en pocas ramas de actividad, básicamente la rama textil, cosa que en prácticamente todo Occidente ha sido así hasta que comenzó la modernización tecnológica industrial y comenzó a haber reemplazo de mano de obra por capital y tecnología, situación en que las que primero empiezan a salir son las mujeres. En este momento es baja la participación en la industria; pero las que allí están se concentran básicamente en textiles en primer lugar y en segundo lugar en alimentos y bebidas. En los servicios, la mayor concentración se da en el comercio, en el servicio doméstico, en la educación y en la salud.

Entre 1947 y 1980 (de 1991 todavía no tenemos los datos), en el sector primario que es la actividad agrícola ganadera, el porcentaje de mujeres que en el primer caso alcanzaba apenas un 7% fue bajando a 3%; también bajaron los varones del 32% hasta el 16%. Esto se entiende porque hay una tecnificación y una mayor productividad y menor necesidad de mano de obra.

En ese mismo período, aumentó la participación tanto de mujeres como de varones en el sector terciario que es el de comercio y servicios. Entre las primeras aumentó enormemente, del 59% al 79%, porque las mujeres salieron del sector primario y también de la actividad industrial y se concentraron en comercio y servicios. El porcentaje de los varones en el sector creció pero mucho menos, desde el 39% hasta 44%. En el caso de la industria, las mujeres descendieron su participación del 34% al 18%;

mientras los varones crecieron un poquito y pasaron de 29% al 39%.

Vamos a mirar algunos casos según los datos del censo de 1980 con cifras aproximadas, en las tres actividades donde las mujeres son absoluta mayoría:

* enfermería: 84% son mujeres.

* *servicio doméstico*: 98% son mujeres.

* *magisterio*: 85% son mujeres.

El sistema educacional como el sistema de salud es una pirámide muy clara con una ancha base donde están, en el primer caso, las/los maestras/os primarios y en la cúspide están las/os directores de escuela y rectores e inspectores. Desde hace muchos años esa pirámide no se reproduce para las mujeres y para los varones por igual: las mujeres ocupan fundamentalmente la base y tienen pocas oportunidades de llegar a la cúspide, sobre todo en la secundaria y superior. En los hechos, si se mira cómo están ocupados los cargos en la pirámide educacional, hay pocas mujeres en la cúspide y muchos más varones. En salud se reproduce una cosa muy similar.

Las cifras anteriores muestran que esas tres actividades son eminentemente femeninas en términos de los recursos humanos que reclutan. En cambio, por ejemplo, en el caso de empleadas/os de oficina las mujeres ocupan un 41%, que es muy alto pero no es mayoritario; en los trabajos agrícolas las mujeres ocupan un 5%; entre los/as operarios/as de fábrica hay un 11%; entre los directores y gerentes un 10%. En general, las mujeres que entran a la actividad económica están altamente concentradas y el mercado de trabajo en que se desempeñan está altamente segmentado; esto ocurre en la Argentina y en muchos otros países.

En el sector salud, con datos de la Argentina de 1980, encontramos una pirámide con una base muy ancha donde están ayudantes y auxiliares de enfermería y una cúspide en la que están, básicamente, directores de hospital. Examinamos si en el sector había o no igualdad de oportunidades entre ambos géneros en materia de acceso a puestos jerárquicos. Para ello tomamos tres categorías excluyendo al personal de maestría: profesio-

nales, técnicos, auxiliares y ayudantes. Con datos de un relevamiento que se había hecho especialmente en el ámbito del Ministerio de Salud en 1980, procuramos indagar si las mujeres tenían o no iguales probabilidades que los varones de ocupar los puestos de conducción. Para ello comenzamos por examinar cuántas mujeres (y varones) tenían los requisitos para acceder a esos puestos, habiéndolo logrado o no, porque en el caso de que hubiere habido más varones que mujeres con los requisitos que exige el cargo, sería bastante lógico que no hubiera tantas mujeres como varones en los cargos de conducción.

Miramos primero cuáles eran los requisitos de los cargos de conducción, luego cuántas mujeres y cuántos varones en el sector salud tenían esos requisitos y después si en los cargos jerárquicos estaban representados proporcionalmente mujeres y varones en términos de las proporciones de los y las que tenían los requisitos para ocupar los cargos. Los que tenían esas características eran unas 17000 personas de las cuales 24% eran mujeres y 76% eran varones, es decir, que no se podía esperar igualdad en la ocupación de esos cargos jerárquicos, pero en lugar de eso lo que encontramos es una relación de 7% a 93% respectivamente. Había menos oportunidad en principio porque eran muchas menos las mujeres que ingresaban al sector salud teniendo las características necesarias para ocupar los puestos más altos pero, habida cuenta de esto, había alguna selección operando en el sector que hacía que no se reprodujera de igual manera la composición genérica de los puestos de conducción.

Todas estas cifras de las que hablamos provienen de las estadísticas laborales obtenidas por los censos de población. ¿Cuál es la definición de trabajo y de población económicamente activa que usan los censos? El censo es la fuente de datos sociales por excelencia, es el operativo de investigación en ciencias sociales de mayor cobertura en cualquier país. El censo se hace rítmicamente cada 10 años (nosotros ahora tenemos un pequeño desliz) lo que permite un retrato de unas pocas características pero de la totalidad de la población del país. Es la herramienta que utilizamos en investigación y la que debieran utilizar políticos y planificadores.

Sin embargo, en muchos aspectos, el censo no da una medida absolutamente válida de los diferentes fenómenos que quiere estudiar; hay otras investigaciones que dan una información más válida, pero no se hacen sobre la totalidad de la población del país. Una muy inmediata, que en la Argentina hace el Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC), se llama Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Son relevamientos permanentes (a diferencia del censo que se hace sólo cada 10 años) de información que se hacen en nuestro país sólo en los grandes centros urbanos, cada 6 meses, lo cual permite tener, en lugar de una fotografía, una película porque es una estadística continua. No hay que esperar 10 años para ver qué cambios se produjeron. Estas encuestas se hacen sobre una muestra de población; se entrevista a una parte de la población seleccionada de cierta manera estadística de forma tal que a partir de ese pequeño conjunto (en términos relativos) uno pueda remitirse a las características de la totalidad de la población.

El hecho de que se trabaje con menos gente permite, por ejemplo, hacer una entrevista mucho más larga que la del censo, además como se hace de manera continua y no necesita hacerse en un día como el censo, permite tener entrevistadores mejor entrenados (en general, es personal asalariado del INDEC). Esto quiere decir que el censo de población tiene la ventaja de una gran cobertura pero tiene la desventaja de que es un operativo no bastante «prolijo». Las encuestas de hogares tienen una cobertura menor pero son mucho más «prolijas». Consecuentemente la información que dan es más válida y además más amplia pero sobre menos cantidad de personas. Estas son las estadísticas que se tienen, básicamente, para trabajar. Si uno quiere información sobre grupos especiales hay que hacer una encuesta ad hoc, montarla y hacer el relevamiento. Como esto es muy caro, trabajamos con censos. Para estos operativos se trata de que todos los países utilicen las mismas definiciones de los conceptos para hacer posibles las comparaciones internacionales. La idea es que es importante mantener ciertas definiciones de tal manera que se puedan hacer estudios históricos, estudios de tendencias, que se pueda estudiar si ha habido cambios o no en la propia

sociedad a lo largo del tiempo. También es muy importante que en algún momento se puedan hacer comparaciones con otras sociedades.

¿Qué es lo que entra en la «población económicamente activa» y qué se entiende por «trabajo»? ¿Cómo se entendió en la Argentina hasta el censo de 1980? (en el censo del '91 ha habido un cambio). Hasta 1980, los censos que uno recuerda como censista, siguiendo las recomendaciones que vienen de las oficinas de estadística de Naciones Unidas definían a la población económicamente activa como «la que aporta su fuerza de trabajo para la producción de bienes y servicios económicos». Esta definición no incluye la actividad del trabajo doméstico que se desarrolla en el hogar y para la reproducción de la unidad doméstica. Desde un punto de vista, si este tipo de actividad que hacemos las mujeres no es considerado trabajo, lo que estamos excluyendo es el aporte que las mujeres hacemos a la sociedad vía las tareas vinculadas a la reproducción de la población. No se hace visible la actividad de las mujeres y que es un aporte muy importante al mantenimiento de la sociedad. Pero esto no lo vamos a discutir. Lo que vamos a mirar es si, a partir de la definición «oficial» de trabajo, las mujeres trabajadoras (según esa definición) tienen iguales o diferentes posibilidades que los varones de ser visibles ante las estadísticas. Les diré la respuesta: hay un ocultamiento, no hay igualdad de oportunidades con los varones trabajadores.

La definición de población económicamente activa sin embargo, no hace ninguna mención de género. Esta definición, para utilizarse en los censos, se tiene que traducir en preguntas. La pregunta que se ha utilizado habitualmente en los censos del '60, '70 y '80 en la Argentina (y muchos otros de la región, sin duda) interrogaba a las personas de cierta edad (14 y más años, porque se supone que los de menos edad no están en el mercado laboral) algo tan «ingenuo» como «¿Qué hizo Ud. durante la mayor parte de la semana pasada (o durante la semana pasada a secas)?». La pregunta era seguida por un conjunto de alternativas de respuestas que se leían a los entrevistados. Ellas eran: trabajó, no trabajó pero tenía empleo, buscó trabajo, se dedicó a los quehaceres del

hogar, estudiante, jubilado/pensionado o inválido permanente. Se suponía que las instrucciones a los censistas eran varias; lo que dicen los papeles es «lea al entrevistado la pregunta y espere en cada una de las categorías su respuesta», en realidad los censistas no preguntan así sino que lo hacen todo de corrido, sin detenerse ante cada alternativa.

La diferencia reside en que, al hacerlo, se ofrece el conjunto de alternativas y la persona que lo escucha elige entre ellas. En el caso en que se leyera una a una no tendría elección porque se respondería por sí o por no hasta detenerse en una respuesta positiva. Que haya elección tiene importancia para quienes tienen una doble condición de trabajador y de no trabajador, por ejemplo, las mujeres amas de casa que además «trabajan», los menores, estudiantes y jubilados que «trabajan» además. Pero el censo pregunta por una opción y no da la oportunidad de hacer dos cosas.

¿Qué es lo que eligen las mujeres con doble actividad, sobre todo cuando su segunda actividad, la de producción económica es de medio tiempo o es no asalariada (por ejemplo, la que ayuda al marido o al hijo mayor en la atención del kiosco de cigarrillos, o la que ayuda al marido en el campo durante la cosecha, o la que hace tareas en su casa que no pasan por la contabilidad de una empresa). La manera de interrogar por lo que se llama la «condición de actividad» que es la relación con el mercado de trabajo, es más adecuada para captar las maneras de trabajar formales (que son las maneras como más frecuentemente trabajan los varones). No es que no haya mujeres que trabajen en el sector formal (a las que el cuestionario capta perfectamente) sino que el cuestionario es inadecuado para la mayoría de las actividades informales que realizan muchas de las mujeres que trabajan.

El censista tiene que identificar al jefe del hogar al que le hacen las preguntas por sí mismo y por todos los miembros del hogar. El censista llega a una casa, encuentra a una señora revolviendo la olla y cuando debe preguntarle por su actividad económica, en lugar de preguntarle «¿qué hizo la última semana? ¿trabajó?», se adelanta a responder por ella diciendo «¿qué hizo la última semana? ¿se dedicó a los quehaceres del hogar?». Es decir, tanto

los diseñadores del instrumento como el aplicador del instrumento como así también quienes respondemos al instrumento, estamos sumergidos en una misma «salsa cultural» en la que la división del trabajo entre los géneros es la misma. Lo que se espera de una señora haciendo tareas en su casa y cuidando chicos es que se dedique a las tareas del hogar exclusivamente mientras que del varón se espera que trabaje exclusivamente.

El trabajo informal es más invisible tanto en la economía como en las personas que lo desempeñan. Más mujeres que varones se desempeñan en actividades con modalidades que son poco visibles; quiero decir, como familiares sin recibir remuneración o por cuenta propia, a diferencia de como asalariados.

Además de la manera de preguntar, está el tiempo por el cual se pregunta, se pregunta siempre qué hizo «la última semana». Si se preguntara por un período más amplio, por ejemplo un mes, como las mujeres entran y salen del mercado de trabajo más frecuentemente que los varones, estarían más contempladas. Si la pregunta es por un lapso de tiempo muy breve, más mujeres que varones no van a ser captadas como trabajadoras porque pueden circunstancialmente estar fuera. Hay algunas otras cositas más que hacen que esta manera que se ha utilizado en los censos de las últimas décadas para indagar la relación con la actividad laboral no haya sido igualitaria, en términos de visibilizar la actividad, para varones y mujeres.

Con la definición «oficial» de trabajo, se clasifica la población en población económicamente activa (o sea los trabajadores) y en población económicamente inactiva. Entre la primera se incluyen los ocupados (trabajan y no trabajan pero tienen empleo) y los desocupados (buscan trabajo). Se los considera a todos como si fueran trabajadores porque forman parte del mercado laboral. En la población económicamente inactiva se incluyen las amas de casa, los estudiantes, los jubilados/pensionados y enfermos.

A fines de los '70 y principios de los '80, la CEPAL (Comisión Económica Para América Latina) nos pidió a Zulma Recchini de Lattes y a mí que hiciéramos una evaluación de cómo estaban los censos de la región relevando información sobre la participación de las mujeres. El hecho de que lo pidieran indica que algo estaba

pasando. Ahí empezamos a descubrir esta cuestión de las oportunidades diferenciales de las mujeres de aparecer en las estadísticas, que su comportamiento laboral económico apareciera o no contabilizado. Trabajamos con casi todos los censos relevados en los años '70 en América latina y unos pocos del Caribe (porque no teníamos todos), mirando los cuestionarios y los instructivos que se les dan a los censistas para aplicar los cuestionarios, las definiciones conceptuales y los instrumentos o cuestionarios censales. Encontramos una cantidad notable de sesgos sexistas en las formulaciones de las preguntas, que entendimos eran parcialmente responsables de la invisibilidad de un sector de las mujeres trabajadoras.

Luego, para cuatro países encontramos datos provenientes del censo de 1970 y datos provenientes, para la misma población, provincia o Estado, de encuestas de hogares que, como ya les dije, releva información más válida que el censo. Cuando comparamos para estas unidades el censo y la encuesta de hogares, sistemáticamente, en todos los casos, encontramos que las tasas de actividad que da el censo son muy inferiores a las que da la encuesta de hogares, tanto para varones como para mujeres.

Por ejemplo, en la región nordeste de Brasil que es la menos industrializada y urbanizada, la tasa de actividad de las mujeres entre 20 y 64 años de edad (se llaman los años más activos) que se declararon trabajando en la agricultura según el censo era 7%, según la encuesta de hogares era el 18%; es decir que el censo deja de ver y de captar un porcentaje importante. Para los varones, el censo también subregistra pero da un 54% mientras que la encuesta de hogares da un 59%. En el caso de Colombia con el censo de 1973, en la misma edad de mujeres que el anterior, da 12% mientras que la encuesta de hogares da 22%; entre los varones da 90% y 95% respectivamente. La diferencia que se da en los varones son los jóvenes y los ancianos que con la encuesta pueden captarse ya que se encuentran en el sector informal.

Dediqué muchos años a trabajar con este tema no porque me fascinen las estadísticas sino porque me fascina cómo las estadísticas pueden estar permeadas de contenidos culturales. Para obtener números hay que utilizar algún instrumento que permita

obtener la información y si el instrumento está sesgado, obtengo una información sesgada. Les quiero mostrar los resultados de la investigación que hicimos en Argentina y en Paraguay. Como es muy caro hacer una cosa así se hizo solamente en dos localidades en Argentina, una urbana y una rural, y lo mismo en Paraguay. Todo esto involucró interrogar alrededor de 15000 personas, un operativo gigante que requirió de «ejércitos» de entrevistadores para lo que contamos con la colaboración de la dirección de estadísticas del Paraguay y, en Argentina, con la dirección de estadística de Misiones. Voy a darles apenas una pequeña pintura de la situación.

Aposté, no porque lo saqué de la galera sino porque tenía razones, a cuatro factores que inciden o que son responsables de este subregistro diferencial por género de parte de los censos de población de la región y de una parte importante del mundo. Uno de los factores principalísimo es el cuestionario, es decir, las preguntas que se utilizan en la cédula censal para indagar la relación de las personas con la actividad económica. Otra cosa a la que aposté fue a los censistas, ya que son gente que forma parte de esta cultura. Al aplicar los cuestionarios están transmitiendo sus propias representaciones acerca de lo que es adecuado o inadecuado o esperable o inesperable en relación a la participación o no de las mujeres y de los varones en la actividad económica. Había dos factores más. Estos cuatro factores fueron producto de un larguísimo análisis que habíamos hecho «de escritorio», es decir, no recogiendo datos ad hoc sino utilizando los ya recogidos por los censos de una cantidad de países de América Latina.

El cuestionario habitual usado en los censos de los '70 y de los '80 en Argentina y en otros países de América Latina, en su mayor parte incluía una pregunta para averiguar la relación con el mercado de trabajo: «¿Qué hizo Ud. la semana pasada o durante la mayor parte: trabajó, no trabajó pero tenía empleo, buscó trabajo, se dedicó a los quehaceres del hogar, estudió, jubilado/pensionado o rentista, enfermo/invalído permanente?». De esta pregunta «inocente» sale si la gente está o no en la actividad laboral. Si la gente responde cualquiera de las tres primeras

categorías se considera parte de la población económicamente activa, se los considera trabajadores. Si responde cualquiera de las otras se los considera no formando parte de la población económicamente activa, son los económicamente inactivos.

El censo admite una sola condición, no admite la combinación, por ejemplo, de ser jubilado y haber trabajado o ser estudiante y haber trabajado o ser ama de casa y haber trabajado. Pero hay una regla establecida por las Naciones Unidas desde los años '40 que se llama la «regla de prioridad» que recomienda que en caso de doble actividad del censado, hay que darle prioridad a la actividad económica porque los censos intentan saber con qué recursos humanos se cuenta. De todas maneras, la gente no dice que tiene doble actividad ya que la situación de entrevista tanto en un censo como en una encuesta más profunda, es una situación en la que el censado quiere dar la mejor imagen de sí mismo (salvo que tenga un ego terriblemente negativo), lo que significa dar la respuesta que sabe que coincide con lo que espera quien formula la pregunta. Todos sabemos que para las mujeres es mejor ser ama de casa y para el varón haber trabajado y que el jubilado tiene miedo y el estudiante, si es menor, tiene miedo de declarar que trabaja.

La pregunta que hacían los censistas tenía que ser leída así: «¿Qué hizo Ud. la semana pasada? ¿trabajó?», esperar, y si respondían «sí» pasaban a otra pregunta. Si respondían «no» tenían que seguir con «¿no trabajó?», esperar, y si respondían «sí» pasaban a otra pregunta, si respondían «no» tenían que seguir con «¿buscó trabajo?», esperar, y si respondían que «no» tenían que seguir con «¿se dedicó a los quehaceres del hogar?», etc. Esa es la manera correcta, pero, en realidad, se pregunta «¿Qué hizo Ud. la semana pasada?» «Trabajó ¿no?» o se puede llegar a decir «¿Qué hizo Ud. la semana pasada?» y leer todas las alternativas. Como ya dijimos, cuando uno tiene un abanico de alternativas elige la que queda mejor en diferentes sentidos.

Esto que parece elemental es el gran éxito del censo del '91. Aquellas mujeres con actividad en una fábrica, empresa o escuela, instituciones que suponen que la mujer salga de su casa, que fije, que firme, que esté en una planilla de salario, que tenga que

entregar un recibo, no se van a equivocar. A otras mujeres, si le preguntan «¿qué hizo la semana pasada?», va a decir «trabajé». Pero aquellas otras que «ayudaron» al marido en el kiosco de cigarrillo o de diarios, o que en el ámbito rural «ayudaron» con el cuidado de los chanchos o los pollos (algunos de los cuales fueron al mercado y otros se comieron en casa), o las «mujeres» que trabajan un par de horas por semana vendiendo productos Avón; de ellas la absoluta mayoría se identifica como «ama de casa».

La gran modificación del censo del '91 se dio a partir de los resultados de estas investigaciones en que una de las cosas que probamos fue la utilización de un cuestionario muy similar al de los '80 y '70, pero obligando al censista a leer pregunta por pregunta, sin dar opciones: «¿qué hizo Ud. la semana pasada?» «¿trabajó?» y había que responder «sí» o «no» antes de pasar a la segunda, si no se hacía esto no se podía seguir. No se daban alternativas de elección.

Otra persona que trabajó en la elaboración del censo del '91 propuso a su vez la eliminación de todas estas categorías de inactividad y me pareció sensatísimo. Se puede querer saber cuántos estudiantes hay, cuál es la parte de la población estudiantil en el país en cada momento determinado; como el censo indaga sobre analfabetismo y educación en general, esto sale por el nivel educacional. También se incluyó una pregunta sobre la formalidad o informalidad de cobertura social. Durante la elaboración del censo hubo muchas precisiones para que se obtuviera información sobre discapacidad y además muchas presiones para recoger información sobre uso de los servicios de salud (sector público, sector privado, obra social) pero finalmente eso no entró.

Lo que se plantea es ¿para qué queremos saber cuántas amas de casa hay en el país? Lo que realmente interesa es conocer cuáles son los recursos humanos y con cuántos recursos humanos cuenta este país y cuántos están efectivamente en actividad; lo que realmente venía ocurriendo es que dada la opción, por ejemplo, estudiante o trabajador, los estudiantes tendían a identificarse como estudiantes no como trabajadores. Los estudiantes ahora se pueden obtener por otras secciones del censo. Los trabajadores se sacan por «trabajadores» y después se puede

mirar, por tabulaciones sobre el escritorio, cuántos de los que se declaran estudiando además se declaran trabajando y cuáles son estudiantes puros y trabajadores puros. Las amas de casa salen por «residuo», más allá de a quién le interesa saber cuántas amas de casa hay. ¿Qué se gana habiendo perdido información acerca de cuál es el número de mujeres que desempeñan el rol de amas de casa?

Cuando se decidió cambiar la cédula censal me alegré profundamente porque es el sueño de todo investigador, que el producto de la investigación de laboratorio se traduzca en algo de carne y hueso, como era este caso. Pero me desesperé, por otro lado, porque iba a salir (y no quería que ocurriera) en el censo del '91 que había un tamaño de fuerza femenina muchísimo más abultado que la del '80 y la del '70. Iba a parecer un crecimiento fantástico de las oportunidades de las mujeres en el mercado de trabajo. Me desesperaba y bregué para que se hiciera una evaluación.

En el trabajo de Argentina (en Paraguay la estructura era la misma) lo que hicimos fue poner a prueba el efecto de esos cuatro «asesinos» a los cuales les asignábamos ese papel en esta novela policial del subregistro de una parte de las mujeres trabajadoras. Estos «asesinos» son: «el cuestionario», «los censistas», lo que se llama técnicamente «la amplitud del período de referencia» y «la amplitud del tiempo mínimo requerido para ser considerado económicamente activo/a». Cuando la pregunta dice ¿qué hizo Ud. la semana pasada? eso es período de referencia porque la pregunta se hace con relación a un período. Si uno no especificara el período cada persona contestaría por algo diferente. Si uno dijera seis meses, en el caso de las mujeres se captaría más mujeres trabajadoras y si uno dice 6 días por las maneras de trabajar de muchas mujeres (por ejemplo, las señoras Avon o las que compran sábanas para revender o una enfermera que da inyecciones cuando lo necesita) se captarían menos. En el caso de los varones esta modificación del período de referencia no tiene mayor importancia. Cuanto más corto es el período de referencia deja más mujeres afuera pero no tantos varones. Cuanto más amplio capta más mujeres. Allí la recomendación es que el censo debiera usar dos períodos de referencia, uno breve

y uno largo (el censo argentino usó uno solo porque es muy complicado tener dos).

El otro «asesino» era el tiempo mínimo requerido para ser considerado económicamente activo/a. El censo decide una amplitud de tiempo para considerar una persona activa, pero cuánto: vamos a pedir 35 horas mínimo como fue el censo del '70, eso significa tiempo completo, es decir tener una definición en la cabeza de «trabajador» que implica que sólo se va a admitir como a quienes lo sean de tiempo completo y no los de medio tiempo. Esto afecta más a las mujeres que a los varones porque si le podemos 35 horas o más vamos a captar menos mujeres, si ponemos, en cambio, al menos una semana (como dijo el censo del '91) vamos a captar más. En el censo del '91 se tomó en cuenta un «asesino» que, creo, es el fundamental: «el cuestionario».

Hicimos un trabajo para poner a prueba si los cuatro «asesinos» lo eran y al mismo tiempo procuramos diseñar nuevas alternativas de cuestionario y ponerlos a prueba para, en caso de ser adecuado, sugerirlo para futuros censos de población (efectivamente algunas de esas sugerencias fueron tomadas para el censo del '91). En cada localidad trabajamos con cinco grupos experimentales y variamos el cuestionario y el entrenamiento de los censistas. A unos censistas los sensibilizamos a los sesgos sexistas y a los otros los dejamos como estaban. Para un grupo experimental tomamos un período de referencia corto y para otro uno amplio. Para un grupo requerimos un tiempo corto para ser considerado económicamente activo/a y para otro largo.

No es solamente el censista sino también la persona censada. Por ejemplo, estábamos en el campo en Leandro N. Alem (Misiones) y había un muchacho entrevistando a una señora con un pañuelo en la cabeza, al rayo del sol, evidentemente ucraniana o polaca, que estaba con un enorme azadón hundido en la tierra. Cuando terminó la entrevista, le pregunté al entrevistador qué le había contestado con respecto a la actividad laboral, le había dicho que no trabaja. Es un problema de percepción. Lo que nosotros decíamos es que hay que transmitirle a la persona entrevistada el concepto de trabajo, en realidad lo ideal es sentarse con esa persona y decirle «le voy a preguntar sobre su

actividad la semana pasada y nosotros entendemos por trabajo tal cosa», para que la persona a partir de esa definición responda y se ubique adecuadamente. Hacer eso en un censo es muy complicado pero fíjense que la segunda pregunta que se introdujo en el censo del '91 intenta hacer eso cuando se le pregunta «¿hizo o ayudó a hacer ... en tal lugar», «en tal otro?»; en realidad estamos haciendo una definición mediante ejemplos de actividades. Si yo le digo «¿hizo o ayudó a hacer actividades como criar gallinas o ordeñar vacas en el fondo de su casa?», esa persona va a entender.

En nuestro trabajo en Argentina y en Paraguay, hicimos preguntas mucho más extensas que en el censo del '80 y pusimos ejemplos. Decía en nuestro cuestionario «Durante la semana pasada ¿hizo Ud. alguna actividad?» y no hablábamos de «empleo» porque tiene connotaciones de formalidad. A quienes decían que «no», les preguntábamos «Durante esa semana ¿hizo o ayudó a hacer alguna actividad, remunerada o no, dentro o fuera de su hogar aunque sea por unas pocas horas?. Por ejemplo [esto no se pudo poner en el censo porque es carísimo y pedir que los censistas hagan esto les demanda mucho tiempo], ayudar en una verdulería o kiosco; vender artesanías, comidas o verduras, diarios o billetes de lotería, o cosméticos; plantar, cultivar o criar pollos para la venta; lavar, planchar o coser ropa para otros; hacer dulces, quesos o tejidos para vender; cuidar chicos o gente de edad por un pago». Estas eran actividades elegidas entre las que son frecuentes entre mujeres y chicos y que son de las que no son normalmente visualizadas como trabajo. Como el ocultamiento está también en la gente que responde, el objetivo del cuestionario fue correrles el velo y decirles que también esto es trabajo.

La localidad rural que elegimos en Argentina es una localidad muy pobre donde hay prevalencia de economía de subsistencia. Son pequeños terrenos de una hectárea aproximadamente donde la familia le «arranca» a la tierra lo que puede, que tienen muy poco intercambio, transan prácticamente nada en el mercado y lo que producen lo comen. Elegimos deliberadamente esta localidad porque este es el tipo de actividades en la que es más difícil ver la separación entre la unidad doméstica y la actividad productiva

económica. Si el instrumento que estábamos poniendo a prueba lograba separar y hacer que la gente pudiera ver su actividad como económica, el instrumento era bueno.

En 1984, reprodujimos la situación del censo, usamos entrevistadores elegidos de la misma manera que el censo (maestros/as, empleados públicos y estudiantes del último año), tanto en Argentina como en Paraguay. A la mitad le aplicamos el cuestionario del censo del '80 y a los otros el cuestionario alternativo del CENEP.

A continuación resumo los resultados:

Los varones fueron igualmente captados con el cuestionario alternativo, salvo un pequeñísimo porcentaje entre los jóvenes. En cambio, con el cuestionario censal para las mujeres se obtuvo una tasa de actividad del 27% (el censo del '80 dio 28%) mientras que con el cuestionario del CENEP (alternativo) se obtuvo 80%. Entre los varones las cifras, respectivamente, fueron 91% y 95%.

Todo se hace mucho más acentuado en Paraguay que en la Argentina porque, a pesar de las similitudes, hay diferencias de nivel de desarrollo muy grandes. En Paraguay, en el área rural que se llama Piribeguy, el operativo que se hizo con el cuestionario de 1980 dio 14% de actividad económica para las mujeres y el del CENEP dio 88%, más diferencia que en el caso argentino. En los varones las tasas son de 84% y 93% respectivamente.

En el ámbito urbano (en la Argentina fue Posadas y en Paraguay fue Asunción) las diferencias son muchísimo menores, si bien entre ambos espacios urbanos hay bastante diferencia. Por ejemplo, en el barrio Fernando de la Mora, muy próximo al centro de Asunción del Paraguay, se encuentran calles de tierra donde está el chalet de la odontóloga casada con un militar, con los chicos que están haciendo el servicio militar cortándole el pasto, al lado de la casa del aguatero con el carrito que atrás tiene un poco de mandioca y unos pollos. En plena urbe de Asunción tenemos economía de subsistencia. Esto no ocurre en Posadas.

La sensibilidad de los organismos internacionales y el surgimiento de investigaciones como las que relaté, son consecuencia de la Década de la Mujer, que no fue solamente reuniones o ir a Nairobi. Ya desde mediados de los '70 ocurren cosas, muy

lentamente pero esta penetración es resultado de ello. En mi caso, no es que diseñé un instrumento para las mujeres y nada más, sino que la cuestión fue diseñar un instrumento que sirviera para las mujeres y los varones. Las estadísticas deben dar igual probabilidad a las mujeres que a los varones de ser visibles en tanto trabajadoras. No es cuestión de diseñar un instrumento aparte.

Antes de terminar quiero referirme al tema de los contenidos culturales relativos a la división del trabajo por género. Cuando me refería a la invisibilidad estadística de parte de la fuerza de trabajo femenina, dije que uno de los «asesinos» eran los censistas porque son parte del instrumento. El instrumento es el cuestionario pero hay quien lo aplica por lo tanto el instrumento es todo: el cuestionario y el aplicador. Los censistas, como todos nosotros y como toda la sociedad, nadan en un «caldo cultural» que dice ciertas cosas acerca de lo que debe ser la división del trabajo por sexos. Para poner a prueba que esto es así, en nuestra investigación a algunos censistas los dejamos con su caldo cultural y a otros quisimos hacerlos conscientes de su caldo cultural. Para estos segundos armamos un ejercicio de «sensibilización a los sesgos sexistas». A estos censistas los hicimos pasar por un pequeño ejercicio, tanto en Posadas como en Asunción. Este ejercicio lo planteamos como parte del entrenamiento, previo a salir al campo.

Les dimos una hoja en la que estaban descriptos cinco hogares, algo diferentes para Argentina y para Paraguay pero adecuados a la localidad de cada cual. Los hogares estaban descriptos en términos de la clase social indicada por el barrio o localidad, los nombres de los personajes, el número de miembros del hogar y su relación de parentesco, sexo y edad. Por ejemplo: «Los Villalba viven en Posadas en una casa en El Palomar. El hogar está compuesta por la señora Martina, su marido y sus dos hijos, una mujer y un varón; con ellos vive la madre de Martina. Martina es una mujer de 42 años, su marido tiene 45, la hija 21, el hijo 18 y la abuela 68». Otro ejemplo era: «La viuda de Villafior vive en Posadas en una casa del barrio Gral Belgrano. Desde que enviudó hace 4 años vive sola con sus dos hijos, un nene y una nena. Ella

tiene 39 años, su hijo 8 y su hija 6». Había cinco hogares descriptos así. La consigna que dimos a los censistas fue: «Para cada uno de los cinco hogares, asigne a cada uno de los miembros del hogar hasta tres actividades que hayan desarrollado durante la semana pasada». Les pedíamos que no incluyeran las de alimentarse, dormir, etc).

Una vez que llenaban las primeras planillas les dábamos una nueva consigna: «De acuerdo a las actividades que Ud. asignó a cada miembro de los cinco hogares, por favor ubique a cada persona en una de las siguientes alternativas: trabajó, buscó empleo, estudió, se dedicó a los quehaceres domésticos, jubilado/pensionado o rentista. Debe asignar una única alternativa que considere la principal». En otras palabras, debían clasificar a los miembros como económicamente activos o como económicamente inactivos, pero ellos no lo sabían. Las mujeres y los varones miembros de cada hogar tenían las mismas edades con diferencias de dos o tres años, la misma clase social, la misma estructura de hogar, la misma relación de parentesco, lo único que varía entre ellos era el género. Nosotros clasificamos las respuestas en sólo económicas, sólo no económicas y mixtas.

Sin diferencias entre censistas varones y mujeres, en el ámbito urbano, a los personajes femeninos en Argentina se les atribuyeron actividades sólo económicas a un 27%, sólo no económicas a un 38% y las mixtas a un 35%. A los varones las cifras equivalentes, respectivamente, fueron 90%, 10% y 0%. Algo similar ocurrió con el ámbito rural: a las mujeres se les asignó un 19% en las actividades sólo económicas y 59% sólo no económicas; a los varones se les asignó un 67% en las actividades sólo económicas y sólo no económicas 22%.

Esto es lo que describieron. Después les pedíamos que se quedaran con sólo dos alternativas: «sólo económicas» y «sólo no económicas», es decir que eliminarán la categoría «mixta». Si en la primera vuelta del ejercicio, las actividades mixtas aparecieron un 75% entre las mujeres, en el forzamiento éstas desaparecen y las inactivas (que antes eran el 38%) subieron a 57%; en el ámbito rural pasó lo mismo, sólo económicas había un 59% y subieron a 75% cuando tuvieron que definirse finalmente. Para los varones

las mixtas fueron de 0% a 2% en el ámbito urbano y en el rural de un 27% a un 30%.

Esto es lo que la gente espera encontrar. Parte de esto corresponde a la realidad y parte a la fantasía. Cuando los censistas van a aplicar el instrumento con esto que tienen en la cabeza ¿qué es lo que se puede esperar?. Lo que hacíamos con el ejercicio es que trataran de tomar conciencia, les mostrábamos los resultados. Les hicimos pensar por qué había aparecido esto así, les hicimos pensar en ejemplos de cuánta gente conocían donde la cosa no se diera así. De todas maneras, con un cuestionario bueno, aunque no tenga un buen entrenamiento, a uno lo fuerza a hacerlo de cierta manera y eso tiene más efecto que el entrenamiento. Además, sensibilizar a los sesgos sexistas a personas en un ejercicio de tres horas ¿cuánto se puede producir como cambio para una cosa tan profunda?.

Este es el peso de los contenidos culturales y la intención era tratar de ponerlos en situaciones que reprodujeran las de la vida cotidiana. Con esto vemos por qué la eliminación de la categoría «amas de casa» es una excelente idea. La eliminación en el censo del '91 de quehaceres del hogar, jubilado/pensionado, estudiante, enfermo, sin duda es una contribución muy importante a que la gente se visibilice y se visualice como trabajadoras y trabajadores.